

MUCHO MÁS QUE EGOÍSMO Y MIEDO: LAS ACTITUDES DE LOS ESPAÑOLES DURANTE LA GUERRA CIVIL (1936-1939)*

Claudio Hernández

University of Leeds-Universidad de Granada

“España es el país, donde las diferencias en el modo de pensar se ventilan a tiros [...] lo malo es que los españoles usan sus ideas como si fueran bombas de mano”.¹

La Guerra Civil ocasionó profundas alteraciones en la realidad nacional: España quedó fragmentada por un conflicto que, a grandes rasgos, enfrentó al campo y a la ciudad, a la nación laica y la católica, a los obreros y campesinos sin tierra contra los propietarios y la burguesía y a dos concepciones antagónicas identificadas con el fascismo y la democracia.² El estallido de la sublevación dividió a las familias españolas, profundizó las fracturas sociales y políticas existentes y trazó una divisoria – en este caso mucho menos nítida– entre trincheras y retaguardia. La Guerra Civil alteró la vida de millones de españoles. A lo largo de la contienda, muchos ciudadanos fueron perseguidos, despojados de sus bienes y obligados a huir de sus hogares, mientras otros acudían al frente o colaboraban desde la retaguardia. Aunque muchos españoles pudieron retomar el ritmo cotidiano anterior a la contienda, la guerra había pasado por sus vidas dejando una marca indeleble.

Los intensos cambios originados por la Guerra Civil tuvieron una influencia decisiva sobre las actitudes y conductas de quienes se vieron envueltos en ellos. Sin embargo, continua siendo insuficiente la atención prestada a las percepciones individuales y colectivas sobre la guerra iniciada en julio de 1936, a los imaginarios sociales construidos por quienes en el campo de batalla o lejos de él vivieron la lucha armada y a la transformación de las actitudes e identidades suscitada por la contienda.³

* El presente texto apareció publicado en la obra DEL ARCO, Miguel Ángel *et al.* *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista, 1936-1976*, Granada, Comares, 2013.

¹ José ARTECHE: *El abrazo de los muertos Diario de la guerra civil, 1936-1939*, Zarautz, Icharopena, 1970, p. 149.

² Julián CASANOVA, “Guerra civil ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado”, *Historia Social*, 20 (1994), pp. 135-150.

³ Algunas excepciones son: Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006; Javier UGARTE: *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998; Francisco J. CAPISTEGUI: “Spain’s Vendée: Carlist identity in Navarre as a mobilising model”, en Chris EALHAM y Michael RICHARDS (eds.): *The*

Carencias nada despreciables si tenemos en cuenta la importancia que estos elementos tuvieron sobre las actitudes mantenidas a lo largo del franquismo por quienes vivieron la guerra y lo determinantes que resultaron en el respaldo social cosechado por el régimen especialmente durante sus primeras décadas.

En las siguientes páginas se ofrecen algunas propuestas para conocer la manera en que los ciudadanos corrientes vivieron el desarrollo de la contienda, tanto en el frente como en la retaguardia, y a los efectos que la conflagración tuvo sobre su modo de actuar y sobre su percepción de la realidad. De un lado, se analizan las actitudes de aquellos españoles que, voluntaria o forzosamente, se convirtieron en soldados a lo largo de la contienda, atendiendo especialmente al rol que los componentes ideológicos jugaron en la movilización de los combatientes. Y, de otro, se pone la atención en los ciudadanos que permanecieron en la retaguardia y que, pese a ello, se vieron igualmente influidos por la experiencia bélica. Al fin y al cabo, vanguardia y retaguardia, no fueron espacios herméticos sin conexión alguna entre ellos, sino que, constituyeron dos frentes paralelos de batalla.⁴

Voluntarios y forzosos: las actitudes de los combatientes en la guerra

Conocer las actitudes y conductas de los combatientes durante la Guerra Civil española se antoja fundamental para acercarnos a cómo la experiencia bélica marcó las actitudes e identidades de quienes participaron en ella. Son ya algunas las investigaciones que se han ocupado de estudiar las actitudes de quienes acudieron al frente, indagando en las motivaciones de sus acciones, la vida cotidiana de las trincheras o el entusiasmo y miedo que les embargaron durante la contienda.⁵ No obstante, los trabajos de Michael Seidman han resultado pioneros en el análisis de las actitudes de los movilizados durante la Guerra Civil.⁶ Probablemente, la principal virtud de su obra ha sido la adopción de una perspectiva novedosa, que abandona las estrecheces con las que una parte de la historiografía española había abordado el conflicto, para centrarse en lo individual. Mediante este enfoque, se nos presentaría una contienda de carácter

Splintering of Spain, Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939, Nueva York, Cambridge University Press, 2005, pp. 177-195.

⁴ Javier RODRIGO: “Presentación. Retaguardia: espacio de transformación”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 15-17.

⁵ Pedro CORRAL: *Desertores: la guerra civil que nadie quiere contar*, Barcelona, Debate, 2006. James MATTHEWS: *Reluctant Warriors. Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Spanish Civil War*, Oxford, Oxford University Press, 2012.

⁶ Su obra más significativa es Michael SEIDMAN: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003.

mundano, donde predominó la tranquilidad y en la que lucharon soldados desideologizados que actuaban movidos por individualismo y egoísmo.⁷ Tan contundentes afirmaciones han suscitado las críticas de numerosos especialistas, que le han acusado de situar el foco de atención en el extremo opuesto, reduciendo excesivamente el peso que los componentes culturales y los sentimientos colectivos tuvieron sobre las actitudes de los combatientes.⁸ Pero sus atrevidas e interesantes argumentaciones deben ser analizadas con detenimiento.

El primer argumento que ofrece Seidman para justificar el papel secundario de la ideología durante la contienda civil se refiere a la “lealtad geográfica”. Efectivamente, el inicio de la guerra sorprendió a muchas familias divididas o lejos de sus hogares. Los españoles no podían conocer en qué zonas triunfaría el “Alzamiento” y en cuáles fracasaría, por lo que el azar resulta un factor crucial para analizar el encuadramiento de algunos individuos en un bando determinado. Algunos autores han sostenido que hubo una tendencia a que los individuos se alinearan con el bando triunfante en las localidades en que les sorprendió la guerra, pero ni siempre fue así, ni siempre se trató de una decisión permanente. El “camisa vieja” Cecilio Cirre se encontraba en zona “roja” al inicio de la contienda y hubo de combatir a las órdenes de la República. Miquel, a pesar de ser un “hombre de orden” formó parte del ejército republicano al encontrarse en Cataluña el 18 de julio de 1936. José, sargento en el frente de Asturias, confiesa no haber tenido problemas con “dos chicos de izquierdas” que tenía en su unidad: “Yo sabía que pensaban de otra forma [...] y el resto de compañeros no les decía nada. Al final luchaban como el que más”.⁹

Lo que en un primer momento pudo ser un accidente de ubicación geográfica, luego pudo crear lealtades duraderas.¹⁰ No podemos descartar, por ejemplo, que muchos individuos inicialmente simpatizantes con la causa republicana cambiaran estas simpatías tras luchar a las órdenes del bando sublevado. Una identificación que se había

⁷ *Ibíd.*, pp. 15-29 e *ÍD.* “Frentes en calma de la guerra civil”, *Historia Social*, 27 (1997), pp. 37-59.

⁸ Las críticas en: Jesús IZQUIERDO MARTÍN y Pablo SÁNCHEZ LEÓN: “Lejana proximidad. Antropologías de la guerra civil española”, *Historia del Presente*, 7 (2006), pp. 101-126; y las reseñas realizadas por Michael RICHARDS: “Egos and Ideals in the Spanish Civil War”, *History Workshop Journal*, 58 (2004), pp. 340-348; y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: “New interpretations of the Spanish Civil War”, *Contemporary European History*, 13:4 (2004), pp. 317-327

⁹ Cecilio CIRRE: *De espejo a Madrid. Con las tropas del general Miaja*, Granada, Librería Prieto, 1937; Xavier MORENO JULIÁ: “María y Miquel. Memorias de guerra y posguerra en España, 1936-1955”, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 21 (1999), pp. 67-81; Entrevista a José, Granada, 2-3-2011. Ver también: James MATTHEWS: “Our red soldiers. The Nationalist Army’s Management of its Left-Wing Conscript in the Spanish Civil War”, *Journal of Contemporary History*, 45:2 (2010), pp. 244-363.

¹⁰ Stahis KALYVAS: *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Madrid, Akal, 2010, p. 168.

ido gestando debido a algo a lo que Seidman no presta excesiva atención: la existencia de unos sentimientos colectivos trenzados entre los combatientes durante la guerra. Por supuesto, no podemos dejar de reseñar la existencia de actitudes radicalmente opuestas. En los casos antes comentados, la ubicación geográfica no se tradujo en lealtad hacia la causa que defendieron con las armas. En su relato, Cecilio Cirre mostraba un odio feroz hacia el bando republicano en el que combatió. Más evidente resulta el caso de Miquel, para quien haber luchado por la República y ser detenido por los rebeldes al término de la guerra no supuso ninguna alteración en sus simpatías hacia los insurgentes, colaborando posteriormente en contrapartidas guerrilleras.¹¹ En esta misma línea, apuntan las deserciones impulsadas muchas veces por miedo a la represión, la proximidad a sus familias o las malas condiciones de vida, pero también por afinidad ideológica y el deseo de luchar junto al bando con el que se identificaban. A Juan Castillo Cortés le sorprendió la guerra en Guadix, “zona roja”, combatiendo a las órdenes del ejército republicano. Ni este hecho, ni su antigua pertenencia a la UGT motivaron que, tras evadirse a la zona rebelde el 18 de julio de 1938 y enrolarse en el ejército de Franco, recibiera castigo alguno. Otros se mantuvieron fieles a sus ideas y las manifestaron aun a riesgo de perder su vida. Isidro García Ovejas de la 1ª División de Navarra fue denunciado por sus camaradas al afirmar que “quería morir por su ideal, luchando al lado de su hermano que es comandante rojo [...] y que para él, el Generalísimo Franco no era nadie”.¹²

Un segundo factor que relegaría la ideología a un segundo plano es la existencia de prácticas de fraternización entre ambos bandos. La Guerra Civil creó espacios de negociación entre los contendientes que les permitieron altos el fuego temporales, intercambio de información o de productos y ensayar la política del “vive y deja vivir”.¹³ José recuerda que con los enemigos “muchas veces se llegaba al intercambio” de productos. Es más, estando en el frente de Asturias, dice que: “entre la posición de los rojos y la nuestra habría 300 metros y había unos cerezales y nos poníamos de acuerdo. ¡Oye que vamos a ir a por las cerezas! y se respetaba [...]. Se llegaron a jugar partidos de fútbol”. Actos de fraternización como éstos no solo se repitieron en otros

¹¹ Cecilio CIRRE: “De espejo a Madrid...” y Xavier MORENO JULIÁ: “María y Miquel...”, pp. 72-75.

¹² Los ejemplos en Expediente de Juan Castillo Cortés, Archivo de la Real Chancillería de Granada, Tribunal de Responsabilidades Políticas, 14-3-1941; Pedro CORRAL: *Desertores... op. cit.*, pp. 266-267. Véase José HINOJOSA: *Tropas en un frente olvidado. El ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2009, pp. 206-209.

¹³ Michael SEIDMAN: “Frentes en calma...”, *op. cit.* p. 40; Rafael ABELLA: *La vida cotidiana durante la Guerra Civil. La zona nacional*, Barcelona, Planeta, 2004, pp. 264-268.

frentes, sino que habían sido una práctica habitual en otros conflictos armados.¹⁴ Pese a todo, debemos tener presente una tendencia a “humanizar” la experiencia bélica por parte de los combatientes y la posibilidad de que el relato de la misma pueda estar ligado a la concepción de la guerra como “tragedia colectiva” predominante en la actualidad. Además, la existencia de prácticas de fraternización no fue incompatible con verdaderos sentimientos de desprecio por la República, el comunismo o el fascismo. En este sentido, el papel de la propaganda resultó fundamental. Por ejemplo, entre las instrucciones que el Comisariado General de Guerra del Ejército Popular dio a sus oficiales para evitar las deserciones, figuraba “despertar el máximo odio al invasor entre los soldados”.¹⁵ Pero, de un lado, hubo muchos combatientes que, aunque no albergaran tales sentimientos por quienes estaban al otro lado de las trincheras, sabían que se enfrentaban a enemigos que debían ser combatidos y a un bando que defendía una idea nacional diferente a la suya.¹⁶ Y, de otro, pese a que la piedad hacia sus adversarios aumentó con el desarrollo de la lucha armada, no podemos desligar a los combatientes del clima de pasiones exacerbadas y violencia que envolvió las primeras semanas de la misma. En su diario de guerra, Antonio Olmedo sostenía que la batalla que se libraba era una “segunda guerra de la independencia” en la que “el enemigo nos fuerza a buscar el exterminio”.¹⁷

Esto nos lleva directamente a la tercera razón que Seidman aduce para presentar la guerra como un conflicto desideologizado: los combatientes se movieron por intereses individuales y materiales. No podemos poner en duda la existencia de muchos individuos que actuaran exclusivamente por estas razones. Conforme la guerra avanzaba y las condiciones alimenticias y sanitarias se hacían más difíciles en la zona republicana, la moral de los combatientes y la lealtad a la causa que defendían se resquebrajó, fomentando el descontento, la desmoralización y las deserciones. Para Manuel Márquez, excombatiente de la 96ª Brigada Mixta, lo peor de la guerra fue “la miseria que se pasa, los parásitos, la sarna”.¹⁸ Pero las condiciones de vida y las

¹⁴ El ejemplo en: Entrevista a José, Granada, 2-3-2010. Véase: Belinda DAVIS: “Experience, identity and Memory: The Legacy of the World War I”, *The Journal of Modern History*, 75 (2003), pp. 111-131

¹⁵ COMISARIADO GENERAL DE GUERRA. *Instrucciones a los comisarios para evitar las evasiones*. Valencia, 1938.

¹⁶ Algunos testimonios en: Pedro OLIVER OLMO: “Cuatro rojos. La sensibilidad de la memoria en un grupo de excombatientes”, *Al-Basit*, 45 (2001), pp. 223-254; y Javier CERVERA: *Ya sabes mi paradero La guerra civil a través de las cartas de los que la vivieron*, Barcelona Planeta, 2005, p. 75.

¹⁷ Antonio OLMEDO: *La flecha en el blanco. Diario de Guerra*, Cádiz, Establecimientos Cerón, 1937, p. 23.

¹⁸ Javier PÉREZ: *La brigada de los toreros: historia de la 96ª Brigada Mixta del Ejército Popular*, Madrid, Almena, 2005, p. 139; James MATTHEWS: “Moral y motivación de los movilizados forzosos

actitudes individualistas no lo explican todo, sino que es menester atender a cuestiones como la lealtad absoluta o actuaciones de desconcierto y crisis identitaria tan habituales en un contexto marcado por profundas emociones. No se puede creer que los combatientes actuaran movidos únicamente por motivos individuales, cuando se desarrollaron acciones que requirieron grandes esfuerzos colectivos. Aun con una alimentación deficiente que le empujaba a saltar las vallas de las fincas para “tener algo que llevarse a la boca”, Miquel admitía que en la batalla del Ebro se habían defendido con entusiasmo: “aguantamos hasta el final, hasta que vino Franco a echarnos”. Los propios informes de ejército franquista recogieron la valentía de los integrantes del bando republicano en casos como el de Almendralejo, Río Tinto o Sigüenza, donde las tropas milicianas resistieron hasta el final.¹⁹ En este contexto es en el que cobra sentido el concepto de “cultura de guerra”, puesto que, al igual que había ocurrido en la Gran Guerra, los combatientes españoles trazaron sólidos sentimientos de camaradería y hermandad aglutinados en torno a la sangre derramada, unas ideas compartidas y el sufrimiento padecido en las trincheras, decisivos en la forja de identidades colectivas, en la modelación de sus actitudes y en su configuración como una comunidad de hombres diferenciada tanto de sus enemigos como de quienes habían permanecido en la retaguardia, fundamental para explicar su papel tras 1939.²⁰

Tiene toda la razón Seidman al afirmar que la actitud de la mayor parte de los combatientes era de cansancio ante una guerra tan prolongada. Tampoco parece extraño que muchos desearan que su conclusión estuviera próxima. En marzo de 1938, el embajador italiano en España le informaba al ministro Farinacci de que “algunos, los egoístas, más intranquilos respecto a los sucesos de la guerra [...] querrían ver al país rápidamente llevado a la normalidad de la nueva España nacional” y, ya en septiembre de 1938, sostenía que “la población está cansada de la guerra y no ve más razones por

del Ejército Popular de la República en la Guerra Civil española, 1936-1939”, *Studia Histórica: Historia Contemporánea*, 24 (2006), pp. 81-105. Michael SEIDMAN: *The Victorious Counterrevolution. The Nationalist effort in the Spanish Civil War*, Madison, University of Wisconsin Press, 2011.

¹⁹ Xavier MORENO JULIÁ: “María y Miquel...”, pp. 71-72; y Michael ALPERT: *El ejército republicano en la Guerra Civil*, Barcelona, Ibérica, 1977.

²⁰ George L. MOSSE: *Fallen soldiers: reshaping the memory of the World Wars*, Nueva York, OUP, 1990; para el caso español: Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: “La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español”, *Historia Social*, 71 (2008), pp. 69-87; y Ángel ALCALDE: “Los excombatientes en el mundo rural de la posguerra: del mito del campesino soldado a la realidad social de la España franquista” en Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *El franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores...* Lleida y Almería, Universitat de Lleida y Universidad de Almería, 2013, pp. 113-132.

las que combatir”.²¹ La gran mayoría de los que combatieron estaban lejos de esa retórica que postulaba la guerra como método de regeneración nacional y, tras varios meses de contienda, se sentían espantados por la violencia. Sin embargo, el espíritu de aventura jugó un papel muy importante en la movilización de muchos individuos politizados durante la II República. En aquellos momentos, nadie podía presagiar que al golpe de Estado le seguiría una guerra de casi tres años, por lo que no fueron pocos los que se sumaron con entusiasmo a la lucha. Además, que muchos españoles no desearan empuñar un arma o que la moral de los combatientes fuera decayendo ante el estancamiento de los frentes, no significa que no tuvieran claro qué bando querían que saliera victorioso. Una vez más conviene recordar la naturaleza cambiante de las actitudes individuales y colectivas y entender que el cansancio podía ser compatible con la animadversión hacia el enemigo.²²

Por último, analicemos la argumentación de que la movilización de los combatientes se debió casi en exclusiva al empleo de mecanismos de coacción y control disciplinario impuestos por las autoridades.²³ Sin negar la existencia de tales instrumentos de coacción, esta interpretación olvida que los factores ideológicos y emocionales desempeñaron un papel capital tanto en la movilización como en la modelación y evolución de las actitudes de los combatientes. Entre otras cosas porque, junto a la camaradería forjada en las trincheras, no debemos minusvalorar la existencia de los sentimientos de clase por móviles y permeables que estos fuesen. Las tensiones sociales manifestadas durante la etapa republicana evidenciaron un alto grado de politización y radicalismo que no desapareció de manera repentina, sino que, como prueba la resolución extremadamente violenta de ciertas situaciones, aumentó de manera considerable en las primeras semanas de la contienda.²⁴

Por ello, debemos contar con el impacto que el nacionalismo y la religión tuvieron sobre las actitudes de los combatientes. El shock emocional provocado por guerra, la violencia experimentada en el campo de batalla, los sentimientos de camaradería y la asimilación de relatos sobre el daño que sus familiares y bienes estaban sufriendo en zona enemiga fueron canales idóneos para que los combatientes se

²¹ AMAEI, Gabinetto del Ministero della Segretaria Generale, Legajos 1207 y 1216 “Conversazioni dell'on. Farinacci” 1938.

²² Francisco J. LEIRA CASTAÑEIRA: “Experiencia y memoria de guerra de los soldados de Franco. 1936...”, *XVII Conferencia Internacional de Historia Oral*. Buenos Aires, Septiembre de 2012.

²³ James MATTHEWS: *Reluctant...*, op. cit. pp. 137-179; Rafael ABELLA: *La vida cotidiana en la Guerra Civil. La España republicana*, Barcelona, Planeta, 2004, p. 382.

²⁴ Julio ARÓSTEGUI, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA. y Sandra SOUTO. “La violencia política en la España del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 22 (2000), pp. 71-81.

identificaran con determinadas concepciones nacionales. Con frecuencia, sus cartas y testimonios situaron a la patria, la religión o la república en un lugar central. Las milicianas acudieron al frente inspiradas en muchos casos por una verdadera repulsa al fascismo o por convicciones plenamente democráticas. Andrés Durán Camarena, de la 110ª Brigada Mixta, deseaba con toda sus fuerzas la expulsión “de los destructivos traidores y asesinos de nuestra Patria”. Un combatiente de Torredembarra (Tarragona) relataba en su correspondencia sus deseos de que la guerra terminase, pero, al mismo tiempo, expresaba su odio al fascismo y se mostraba convencido de que acabaría con la “victoria total y unánime [...] sobre unos traidores que han vendido a la Patria”.²⁵ Quejarse de las condiciones de vida, expresar el cansancio por la guerra o mostrar pocos deseos por combatir, no fue un impedimento para que los combatientes se identificaran con un determinado concepto de nación o unas ideas políticas concretas.

Trabajando por la patria: el papel de las retaguardias durante la Guerra Civil

La guerra se luchó en el frente, pero se decidió en las retaguardias. De manera paralela a las batallas libradas por los combatientes, en las localidades alejadas del frente, los ciudadanos trabajaban intensamente por construir una España a medida con el bando en que defendían. Aquéllos que se consideraban exentos de ir al frente –niños, personas de cierta edad, determinados cargos, las mujeres del bando rebelde...– no lo estaban de luchar contra el “invasor” y luchar por la “independencia de la Patria”. Sin su colaboración, ni los integrantes del ejército golpista se hubieran alzado con la victoria, ni los del bando republicano hubieran resistido durante casi tres años. Por ello, conviene plantearse dos cuestiones fundamentales para explicar el rol fundamental de la población civil durante la guerra. De un lado, resulta necesario analizar los motivos que llevaron a muchos españoles a esforzarse por defender al régimen republicano o sepultar para siempre la experiencia democrática. De otro, parece pertinente preguntarse por los cauces a través de los cuales se canalizó el apoyo hacia ambos bandos lejos del fragor bélico.

Respecto al primer asunto, explicar en qué manera pudo influir en los españoles el discurso que sobre la guerra y el enemigo elaboraron ambos bandos es una tarea

²⁵ Mary NASH: *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999, pp. 159-161; James MATTHEWS: *Reluctant Warriors...* op. cit. p. 79; y PIQUÈ i PADRÓ, Jordi: *La crisi de la rereguarda. Recolució i guerra civil a Tarragona (1936-1939)*, Tarragona, L' Abadia de Montserrat, 1998, p. 643.

compleja que requiere rastrear las categorías utilizadas por los individuos para aprehender tanto el conflicto como su relato y examinar en qué sentido lo reelaboraron de acuerdo con sus aspiraciones y preocupaciones. Como resulta evidente, fueron los elementos más conectados con los temores de la sociedad y aquellos que se correspondían con experiencias vividas los más efectivos para conseguir un respaldo popular. Los brotes de anticlericalismo y la violencia republicana o los relatos sobre el “terror fascista” en territorio rebelde llevaron a gran cantidad de españoles al convencimiento de que la victoria sobre el bando contrario era necesaria. Por el contrario, las llamadas a la “cruzada contra las hordas marxistas” o a una supuesta “nación en armas” que liberaría al proletariado mundial, causaron un efecto menor sobre los ciudadanos.²⁶

Sin embargo, a tenor del momento excepcional que se vivía, no podemos minusvalorar la eficacia de elementos como el nacionalismo, la religión o el antifascismo en la configuración de las actitudes de quienes, lejos del frente, compartían la idea de que se libraba una lucha contra el invasor. La escritora católica estadounidense, Helen Nicholson, escribió en su diario, al poco de estallar la sublevación que «España está siendo ahora purgada con sangre y fuego de su decadencia». Una pamplonesa afirmaba en 1936 que las madres se sentían consoladas al saber que sus hijos iban al cielo por haber muerto heroicamente en una Cruzada. Incluso decían que en el hospital un hombre moribundo le había pedido que le pusiera los brazos en cruz para morir como Jesucristo.²⁷ La idea de que se enfrentaban a invasores extranjeros también caló en ambas retaguardias. En la zona republicana no tardaron en extenderse relatos sobre una España dominada por los oficiales nazis y fascistas que subyugaban a los buenos españoles y donde las tropas moras, sedientas de sangre, imponían el terror. Mientras, en el área controlada por los insurgentes, los discursos antisoviéticos y los relatos de la violencia revolucionaria impregnaron a muchos ciudadanos. Por ejemplo, Lucila, hija del socialista Carlos González Posada, decía recordar que en Barcelona “se hablaba ruso por las calles”.²⁸

²⁶ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el invasor!...* op. cit. p. 145; Ángela CENARRO: *El fin de la esperanza: Fascismo y Guerra Civil en la provincia de Teruel*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1996, pp. 61-63.

²⁷ Helen NICHOLSON: *Death in the morning*, Londres, LDL, 1937, p. 72; Ronald FRASER: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 12.

²⁸ Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS: *¡Fuera el Invasor!...* op. cit. pp. 31-40; Carlos GONZÁLEZ POSADA: *Diario de la revolución y de la guerra (1936-1939)*, Granada, Comares, 2011, p. XLVII

La propaganda influyó sobre las actitudes mantenidas por la sociedad española a lo largo de la contienda, pero la sensación de indefensión o el verse alcanzados por la violencia resultaron más determinantes. La religión, por ejemplo, constituye un factor esencial para explicar la decantación de una parte de la ciudadanía a favor del bando sublevado. La violencia anticlerical y los episodios iconoclastas que inundaron la retaguardia leal en los primeros meses de guerra reafirmaron los sentimientos antirrepublicanos de considerables estratos sociales. Durante el verano de 1936, Antonio Molina Muñoz y Antonio Sierra Leyva, sacerdotes de la Acción Católica granadina, fueron fusilados y posteriormente “quemados y machacados a pedradas por no renunciar a su fe”. En Marbella, la imagen de la Virgen del Carmen fue descabezada y sumergida en la fuente pública y en Montejícar (Granada) las “sagradas formas fueron pisoteadas”. Paz, que permaneció hasta el fin de la guerra en “zona roja”, recuerda que en su pueblo de la provincia de Jaén, lo peor fue “no poder rezar” y “la inmoralidad que había por todos lados”.²⁹

El relato del “terror rojo” y del “terror azul” desplegado en ambas retaguardias sembró el pánico entre muchos españoles. A zona republicana llegaron noticias del ametrallamiento de más de 70 personas en los pueblos palentinos de Navas y Dueñas por “grupos de fascistas” o del ensañamiento de un funcionario de prisiones con un anciano ciego a quien le arrancaron los ojos en Zaragoza.³⁰ Para quienes permanecían en zona rebelde, las colectivizaciones practicadas en territorio republicano fueron percibidas como la prueba definitiva de que sus enemigos querían hacer de España una colonia soviética. El horror se apoderó de Sevilla capital cuando, por ejemplo, se conoció que en localidades como Constantina existían colectivizaciones de tierras y circulaban vales para sustituir a la moneda.³¹

Sin embargo, las vidas de muchos españoles cambiaron radicalmente cuando se vieron afectadas de manera directa por políticas y proyectos nacionales con los que no comulgaban o fueron víctimas de la violencia. La “estética revolucionaria” que impregnó la retaguardia republicana durante los primeros meses –milicias, cambios de nombres de calles, propaganda obrera en el espacio público, modificaciones en el atuendo de la ciudadanía, gratuidad de ciertos servicios, abolición de la moneda...–

²⁹ Archivo Histórico Nacional, Causa General de la Provincia de Granada, Legajo 1.043; Lucía PRIETO: “La violencia anticlerical en las comarcas de Ronda y Marbella durante la Guerra Civil”, *Baética*, 25 (2003), pp. 751-772; Entrevista a Paz, 31-3-2011.

³⁰ *La Vanguardia*, 4-8-1936 y 4-12-1937.

³¹ *ABC* (Sevilla), 12-8-1936.

resultó terrible para muchas familias de “orden” y aquellos que defendían otros valores. Lo mismo sucedía en la retaguardia rebelde, donde la “estética fascista” y la militarización reinante no eran del agrado de una parte de la ciudadanía. Para el poeta asturiano, Alfonso Camín, el aspecto de ciudades como Palencia, Lugo o la Coruña era de silencio y miedo, con “el pueblo consternado y encerrado en sus casas a cal y canto”.³² Más difícil resultaba la existencia de aquellos a quienes alcanzó la represión en las retaguardias. No es de extrañar que Cecilia, que vivió en Linares la totalidad de la contienda, recibiera el final de la guerra como un “volver a nacer”, o que Eugenio López, residente en Mijas (Málaga), describiera la “liberación” como “tomar un baño caliente después de no lavarse en siete meses”.³³ Pero tampoco resulta sorprendente que, entre aquellos ciudadanos que fueron obligados a cantar el “Cara el Sol” y a vitorear a un régimen que había asesinado a sus familiares, hubiera quienes se esforzaran por mantener viva unas ideas democráticas, antifascistas y de izquierdas y otros que, por el contrario, optaran por refugiarse en el silencio, la resignación y la reducción de sus expectativas.³⁴

Las condiciones socioeconómicas de ambas retaguardias marcaron igualmente las actitudes de la población y condicionaron el apoyo popular al sostenimiento de la guerra. Al respecto, debemos tener en cuenta la diferente situación geográfica –no solo entre las zonas controladas por ambos ejércitos, sino entre las posiciones de un mismo bando– y los cambios provocados por el desarrollo de la conflagración. En los seis primeros meses de guerra, la retaguardia valenciana no sufrió problemas serios de abastecimiento, pero en Madrid, por ejemplo, las dificultades aparecieron mucho antes.³⁵ La descomposición de las condiciones de vida en la retaguardia republicana con el transcurso de la guerra hizo cundir la desmoralización entre la población y dificultó enormemente el mantenimiento del esfuerzo bélico contra las tropas de Franco. Desde finales de 1937 hasta el término de la guerra, la situación económica de la zona leal se volvió angustiosa. La carencia de muchos alimentos, las colas del racionamiento y el

³² Chris EALHAM: “The myth of the maddened crowd: class, culture and space in the revolutionary urbanist project in Barcelona, 1936-1939” en *The Splintering...*, op. cit. pp. 111-132; Javier CERVERA: *Madrid en Guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*. Madrid, Alianza, 2008. Alfonso CAMÍN: *España a hierro y fuego (Diez meses con los sublevados)*, México, Imprenta M. León Sánchez, 1938, pp. 85-86.

³³ Ronald FRASER: *Mijas. República, guerra civil, franquismo en un pueblo andaluz*, Barcelona, Antoni Bosch Editor, 1985, p. 52.

³⁴ Carlos GIL ANDRÉS: *Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja Alta*. Barcelona, Crítica, 2006, pp. 272-274; Lorraine RYAN: “The Sins of the Father. The Destruction of the Republican Family in Franco’s Spain”, *The History of the Family*, 14:3 (2009), pp. 245-252.

³⁵ Albert GIRONA ALBUIXECH y Fernando NAVARRO: *Sufrir la guerra: la vida cotidiana*, Badalona, Crítèria, 2007.

hambre se vieron acompañadas de la constante afluencia de refugiados que huían de la represión franquista, los incesantes bombardeos de la aviación rebelde y las draconianas medidas de militarización y reclutamiento impuestas por los dirigentes republicanos desde mediados de 1937. Por tanto, resulta lógico que el derrotismo y la desmoralización fueran *in crescendo* y que la actitud de la población hacia la contienda fuera una mezcla de cansancio y rechazo. Una situación radicalmente diferente a la observable en territorio rebelde donde el abastecimiento parecía mantenerse sin sobresaltos y en la que el devenir favorable de la contienda aumentaba la confianza de la ciudadanía.³⁶

No debe extrañarnos que las actitudes de la gente corriente estuvieran sujetas a una gran multiplicidad de factores y que no permanecieran estáticas a lo largo de la guerra. El entusiasmo al inicio de la contienda se tornó en miedo con el paso del tiempo, la “tranquilidad” de los primeros meses cambió con el acercamiento del frente y las conductas de la población no siempre respondieron a una situación de guerra. Al salir de la cárcel de Sevilla, Francisco Gonzálbez, gobernador civil de Murcia durante la II República, tuvo la sensación de que en la ciudad “todo funcionaba con normalidad”. En el otoño de 1936, las calles de muchas ciudades controladas por los sublevados mostraban una existencia cotidiana pacífica e incluso las autoridades debían dar normas para que imperara la austeridad en solidaridad con la vanguardia.³⁷ Pero la misma situación se repetía en muchas localidades de la retaguardia republicana que permanecían alejadas de los frentes. Las autoridades tarraconenses, por ejemplo, dictaron nuevas medidas en marzo de 1937 para “terminar con la despreocupación la alegría en que se vive y se hace vivir la guerra”.³⁸

Sin embargo, esta situación de “normalidad” resultó prácticamente desconocida para aquellas áreas cercanas al frente, dependió del movimiento de las tropas y no fue incompatible con el esfuerzo bélico de la población. Individuos, familias, negocios, clubes deportivos, empresas privadas, instituciones culturales, centros de enseñanza y

³⁶ Emilio OLIVER SANZ DE BREMOND: *La Guerra Civil Española, 1936-1939, vivida en una ciudad de la retaguardia republicana*, Valencia, Tipografía Lledó, 1974, pp. 103-110; Rafael ABELLA: *La vida cotidiana...* op. cit. pp. 238-239; y Florence FARAMBOROUGH: *Life and People in National Spain*. Londres, Sheed & Ward, 1938, pp. 6-7.

³⁷ Francisco GONZÁLBEZ: *Yo he creído en Franco: proceso de una gran desilusión*, Barcelona, Publicacions Antifeixistes de Catalunya, 1938, p. 21. Matteo TOMASONI: “Política y sociedad en la retaguardia nacional: Valladolid ‘capital del Alzamiento’ (1936-1939)”, *Diacronie: Studi di Storia Contemporanea*, 7 (2011).

³⁸ Francisco ALÍA MIRANDA: *La Guerra Civil en la retaguardia, Ciudad Real (1936-1939)*, Ciudad Real, Diputación, 1994, p. 317; Jordi PIQUÈ i PADRÓ: *La crisi de la rereguarda...*, op. cit. p. 538.

todo tipo de asociaciones y personas se pusieron a disposición de ambos bandos. Voluntariamente o no, ambas retaguardias se convirtieron en frentes paralelos de batalla desde comienzos de la contienda, suministrando dinero y brazos para la obtención de la victoria. No fueron pocas las ocasiones en las que los dirigentes de ambos bandos criticaron la “cicatería” de los ciudadanos en sus aportaciones económicas y les presionaron para que colaborasen en las tareas del sostenimiento y control de la retaguardia. Pero la poca disposición a “sacrificarse” por una causa, no significa que los bandos no contaran con un apoyo moral o que muchos españoles no contribuyeran de manera voluntaria.

Las suscripciones económicas se convirtieron en una de las vías principales para mantener el esfuerzo bélico. Aunque éstas resultaron de menor importancia en la retaguardia republicana, no podemos despreciar el papel del Socorro Rojo Internacional en la asistencia a las tropas, a las familias de los combatientes y a los refugiados procedentes de la zona rebelde, así como la apertura de cuestaciones públicas mediante festivales, obras de teatro o proyecciones cinematográficas.³⁹ Mientras, en la zona nacional, las suscripciones “patrióticas” fueron todo un símbolo de la contribución ciudadana a la guerra. Las listas de suscriptores, donantes y colaboradores en festivales, tómbolas y novilladas benéficas, aparecieron publicadas en la prensa, lo que pone en cuestión el carácter voluntario que la propaganda les confería. Es normal que familias adineradas como los banqueros granadinos Rodríguez-Acosta, pese a mostrarse claramente partidarios de los sublevados, se sintieran molestas cuando su administrador calculaba que la guerra les costaría alrededor de medio millón de pesetas en suscripciones.⁴⁰

Además, fueron muchas las iniciativas impulsadas “desde abajo” bien en defensa de la República o de la revolución, bien en la incipiente construcción del régimen franquista. Las manifestaciones por las victorias militares y de exaltación patriótica o la construcción simbólica de la España por la que se luchaba no siempre fueron acciones orquestadas desde el poder. En la retaguardia republicana, fueron muchas las mujeres que colaboraron tanto en tareas de asistencia al frente como trabajando en fábricas,

³⁹ Francisco MORENO: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*, Madrid, Alpuerto, 1985, pp. 474-475. Un ejemplo en: *La Voz*, 1-1-1937

⁴⁰ Ejemplos en: *Ideal*, 3-8-1936, *ABC* (Sevilla) 1-4-1937; Ver: Mari Luz de PRADO HERRERA: “Patria y dinero. La contribución salmantina a la financiación de la guerra civil española: suscripciones e impuestos especiales”, en Ricardo ROBLEDO (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil española*, Madrid, Crítica, 2007, pp. 189-214; el testimonio en: Manuel TITOS: *Verano del 36 en Granada*, Granada, Atrio, 2005, pp. 115-128

proyectos culturales o campañas educativas en la retaguardia, convencidas de hacerlo por una causa justa.⁴¹ Mientras tanto, en el área controlada por los insurgentes, muchos ciudadanos contribuyeron voluntariamente al “aguinaldo del soldado” o emprendieron por su cuenta las tareas de “renacionalización” y “recatolización” sin orden alguna de las autoridades. Una granadina corriente, Angustias Alarcón, propuso que la Tarasca – figura que anualmente desfilaba en las fiestas del Corpus Christi de Granada– desfilara en 1937 vestida de enfermera. La Corporación no dudó en aprobar su proyecto al considerarlo “muy en consonancia con las circunstancias” del momento.⁴²

La otra vía fundamental para canalizar el apoyo popular en la retaguardia fueron las milicias de segunda línea. Las unidades milicianas asociadas a los partidos políticos convivientes en la zona republicana –socialistas, comunistas, anarquistas...– monopolizaron también el control de las localidades situadas lejos del frente, el desarrollo simbólico de la revolución o las tareas represivas.⁴³ Pero, en territorio controlado por los sublevados, nuevos grupos paramilitares disputaron el espacio público a organizaciones ya existentes, como Falange, el Requeté o las JAP. Defensa Ciudadana de Badajoz, la Milicia Voluntaria de Vitoria, los Voluntarios de Clavijo en La Rioja, los Caballeros de Santiago en Galicia, Españoles Patriotas de Granada, Acción Ciudadana de Zaragoza, o la Guardia Cívica de Córdoba fueron algunas de las milicias formadas en la retaguardia rebelde durante los primeros compases de la guerra, con el objetivo de dar cabida a ciudadanos que por su edad, sus negocios o su profesión estaban exentos de acudir a filas. Ciertamente, la afiliación a este tipo de milicias sirvió para que muchos escaparan del temido contacto con el frente, pero sus funciones de vigilancia y control les llevaron en algunas ocasiones a participar en la represión y, en otras, llegaron a constituir grupos de vanguardia que entraron en combate.⁴⁴

Conclusiones

La guerra dejó una huella en todos los españoles. Las vidas de quienes acudieron al frente y de los que permanecieron en sus hogares habían cambiado sustancialmente a

⁴¹ Mary NASH: *Rojas...* op. cit. pp. 174-178; Lisa LINES: “Female Combatants in the Spanish Civil War: *Milicianas on the Front Line and in the Rearguard*”, *Journal of International Women’s Studies*, 10:4 (2009), pp. 180-182.

⁴² Archivo Histórico Municipal de Granada, Caja 3046, 10-5-1937.

⁴³ Juan ALCALDE: *Milicias y unidades armadas anarquistas y anarcosindicalistas en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Edición del Autor, 2008; Lisa LINES: “Female... op. cit. pp. 183-184.

⁴⁴ Por ejemplo: Antonio MÍGUEZ: “Las milicias ciudadanas de Vitoria durante la Guerra Civil (1936-1939)”, *XI Congreso de la AHC*, Granada, Comares (en prensa).

lo largo de la contienda. Durante este periodo, las actitudes de combatientes y ciudadanos no fueron estáticas o predecibles, ni respondieron a pautas predefinidas por su procedencia social. Por el contrario, el miedo, los intereses económicos, la preocupación por sus familias, trabajos y bienes, la violencia, la religión, la ideología o el nacionalismo condicionaron sus actitudes y provocaron cambios en sus conductas en los años de la guerra.

Aunque con la llegada de la “paz”, la sociedad española estaba, a grandes rasgos, dividida entre vencidos y vencedores, la mayoría de la población no tardó en engrosar una extensa “zona gris” que no había deseado una guerra tan larga y cruenta. Lógicamente, no fueron mayoría los que recibieron con agrado el llamamiento a filas, ni los que se desprendieron voluntariamente de sus bienes materiales, incluso aunque estuvieran contribuyendo con el bando al que apoyaban. Pero, el miedo, la coacción y el adoctrinamiento realizado “desde arriba” no explican por sí solos el comportamiento de la población. Que fueran pocos los resueltos a empuñar las armas no quiere decir que no tuvieran ideas sobre el modelo político y nacional que debía aplicarse en España. Los ideales defendidos por la República, la lucha por la democracia, el antifascismo o la revolución social y el alcance de la represión rebelde constituyeron motivaciones suficientes para que muchos ciudadanos corrientes trabajaran por la derrota de los sublevados. Por su parte, estos últimos lograron el respaldo de amplios sectores de la población damnificados por las reformas republicanas, el “terror rojo”, las colectivizaciones y el anticlericalismo. A partir de 1939, la desmovilización se apoderó de la gran mayoría de los españoles. Para los vencidos, la resignación y el silencio constituyeron la quimérica protección ante el temor de perder más aún de lo que habían perdido. Para los vencedores, el nuevo régimen acababa con la crispación de la escena pública, al alejar a los españoles del mundo de la política que se dejaba en manos de Franco. Rehacer sus vidas, centrarse en sus trabajos y sus familias y acomodarse a la nueva realidad se convirtió para la mayoría de los españoles en el camino de vuelta a la “normalidad”.